



“Crónicas” de Salvador Reyes

Por Fernando Durán

707045

A un libro de crónicas le pedimos simultáneamente dos cosas contradictorias: que nos haga recordar y que nos haga olvidar. Con ambas condiciones cumple esta obra póstuma de Salvador Reyes que, como un homenaje a los ocho años de su desaparición de entre nosotros, acaba de aparecer con un inteligente prólogo de René Silva Espejo.

Y, en verdad, las evocaciones de Salvador Reyes son una continua fiesta, un paseo por el mundo entero y un permanente y emocionante retorno a su patria, a la que representó con brillo en la diplomacia y la que cada día constituyó para su alma un motivo de nostalgia y de secreta soterrada melancolía.

Ninguna frase lo define mejor que aquella que estampó en la última página de su obra: “Se nació viajero, como se nace con ojos azules, verdes, negros o pardos. Y no se cambia. Al contrario: el vicio del viaje es uno de los pocos que aumentan a medida que el tiempo pasa. Y si uno no habla de sus viajes, los escribe. El que quiera los lee, y el que no guste de esta clase de crónicas los tira al canasto. Y en paz”.

Este es su retrato más exacto y preciso. Porque en esa pasión del viaje, que no era el vagabundeo ocioso, la incapacidad de arraigo, sino la ardiente curiosidad por todo lo humano y sus infinitas variedades, están la persona y la obra del escritor.

Hay quienes hacen inmóviles, estáticos o simplemente parálisis. Salvador Reyes nació movido, inquieto, insatisfecho. Por eso, también parecía contradictorio. Muchos lo creían hurano, misántropo. Nada más falso: era cordial, simple, llano, pero poseía una intimidad suya, una morada propia que no dejaba invadir por el primer aparecido. El abría la puerta y elegía a quienes permitía entrar.

Crónicas gira alrededor de múltiples temas, escritos con gracia comunicativa, con elegancia sencilla y un conocimiento profundo del ser humano. El gran observador que en él había descubría a la primera mirada la nota original y singular, el acierto de lo inteligente y lo grotesco del disparate. Por eso vagan por estas páginas, salpicadas como la espuma de esas playas que tanto amaba, sonrisas y contentas lágrimas, ironías acerbas y elogios encendidos, a través de una imaginación humana que nunca se agota y siempre acierta con el toque justo y diestro. En ella se mezclan no pocas evocaciones del pretérito, como esos recuerdos de Talcaí, Antofagasta, el Norte Grande y el Norte Verde, de los dorados días del salitre y de la atracción inextinguible del desierto, cuadros de Santiago y de Valparaíso, miradas hacia el porvenir y esperanzas, muchas esperanzas en el Chile marítimo, que era, de todos los rostros nuestros, el que más lo entervortizaba y atraía.

La obra es, por eso, una verdadera antología que retrata costumbres, analiza rasgos del carácter chileno, desciende a observar las peculiaridades y caprichos del género humano, cruza por el país, nos obsequia con una visión irónico-poética de la naturaleza y de los animales y culmina en un ejemplar recuento de la vida diaria.

Del provinciano avejentado de su provincia; de los desabrimientos del chileno que en oficinas, hoteles, tiendas y almacenes hace gala de su mala educación; de la manía destructora que se ha apoderado de nosotros y tala bosques, destruye jardines, arrasa con tesoros arqueológicos, salta al

desorden urbano, a la anarquía de la circulación por las calles. Al recuerdo de “los viejos del Portal” santiaguino, pensioneros de otra época, estampas marchitas pero que conservan, aún ajadas, su refinamiento. Encontramos así toda una galería que marca el paso del tiempo, la hora de grandeza, la pérdida del decoro, la decadencia y la negligencia que han ido entorpeciendo hasta provocar la reacción que ahora apunta y que todos esperábamos.

No hay rincón chileno que no tenga sus líneas o sus páginas. El mar las agita a todas. Se siente el rumor de la marejada, la bravura de las olas en las escenas del bote salvavidas porteño, la soledad majestuosa de los océanos australes, la caricia del agua despidiéndose en la arena de la playa, la variedad cosmopolita de los puertos, sobre todo de su adorado Valparaíso, y la profunda, total admiración por la Marina chilena.

Las hazas de nuestra Armada y sus páginas gloriosas, el hundimiento de “La Esmeralda”, el recuerdo de sus viajes personales por el Beagle, de su estadía en la Antártica, de la exaltación chilena exagerada del buzo en desmedro del marino, son testimonios de su aguda penetración de nuestro destino. Historia y vida, tradición, delicada y casi oculta, emoción poética, van animando cada línea, mezclando lo cotidiano con lo heroico, el existir silencioso de las horas llanas con el estrépito de los grandes momentos.

Tras el escritor y el observador, el moralista que analiza las costumbres, elogia las positivas y ataca las negativas. El “hippie”, falso símbolo de la juventud de hoy, vestido estrafalariamente para llamar la atención sobre su vaciedad; el living-comedor, que anuló toda distancia o diferencia entre padres e hijos, por una convivencia donde la línea de la autoridad paternal se pierde, como en las falsas democracias desaparece el respeto a los que mandan por la abolición de jerarquías; la pérdida de las ilusiones, porque sólo hemos ofrecido a la juventud comediduras y halagos materiales, facilidades sin riesgo y sin sorpresa, no son ya crónicas: son páginas de alta reflexión ética y política, que no por expresarse con sencillez y abandono de todo tono admonitorio, dejan de ser lecciones perennes para el país.

Reejamos este párrafo, de proyecciones universales, que hallamos en “El living-comedor”: “Cuando el padre y el hijo llegan a ser amigos es porque se ha establecido un verdadero respeto mutuo. Sólo a este precio existe la confianza de una generación en otra. Son amigos, pero el joven acepta la superioridad de su progenitor a quien cree enriquecido por la experiencia y a quien ve dignificado por la autoridad. Es el principio del auténtico jefe: hacerse amar, pero sin abdicar de su rango y sin despojarse de la aureola que inspira confianza al subordinado. Si el hijo ve al padre a su mismo nivel, vulnerable y vacilante, no puede confiar en él. Es lo que ocurre a bordo de un buque: en los momentos difíciles la tripulación confía en el saber, el valor y la energía del comandante. Si el comandante se muestra indeciso o asustado, se producen la desbandada y el tumulto. Los galones simbolizan el mando, pero también la responsabilidad”.

Aquí está el secreto, el encanto del libro. Nos hace viajar por el pasado, el presente y el futuro, y desprende de esta trayectoria una lección deliciosa y penetrante que cala muy hondo en el lector.

NEBUJA 10, SANTIAGO, 26-11-1978, P. III.

Crónicas [artículo] Fernando Durán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán V., Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónicas [artículo] Fernando Durán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile